



# LA TORPEZA DEL CAPITALISMO

*Robert KURZ*

**Hay una concepción ingenua, aunque sensata, sobre la productividad: cuanto más crece ésta, así piensa el buen sentido humano, mayor alivio trae a la vida en común. La mayor productividad permite fabricar más bienes con menos trabajo. ¿No es eso maravilloso? En nuestra época, sin embargo, parece que el aumento de la productividad, además de crear una cantidad exagerada de bienes, resultó en una avalancha de desempleo y miseria.**

**D**esde fines de los setenta, los sociólogos acostumbran a hablar de un desempleo tecnológico o «estructural». Eso significa que el desempleo se desarrolla con independencia de los movimientos conjeturales de la economía y crece aun en periodos de surto financiero. En los años ochenta y noventa la base de ese desempleo estructural, de ciclo a ciclo, se hizo cada vez mayor en casi todos los países: en 1995, según cifras de la Organización Internacional del Trabajo, el

30% de la población económicamente activa de todo el mundo no tenía empleo estable.

Esta triste realidad, además de incompatible con el buen sentido humano, suscitó una curiosa reacción de los economistas. Los doctores en ciencias económicas actúan como si el fenómeno irracional del desempleo no tuviera absolutamente nada que ver con las leyes de la economía moderna; las causas, según

---

***Los asalariados trabajan hoy  
más y durante más tiempo  
que los campesinos  
de la Edad Media.***

---

ellos, deben ser buscadas en factores ajenos a la economía, sobre todo en la equivocada política financiera de los gobiernos.

A la vez, no obstante, esos mismos economistas afirman que el aumento de la productividad no disminuye el número de empleos sino, por el contrario, es responsable de su crecimiento. Esto fue comprobado por la historia de la modernidad. Lo que el observador imparcial podría entender como la causa de la enfermedad, también debe ser parte del remedio. Los economistas operan con una ecuación que más bien parece un sofisma. ¿Dónde está el error?

Un axioma de la teoría económica afirma que el objetivo de la producción es cubrir la falta de bienes de la población. Obviamente, esto es un lugar común. Todos saben que el objetivo de la producción moderna es originar un beneficio privado. La venta de los bienes producidos debe rendir más que el costo de su producción. ¿Cuál es la relación interna entre esos dos objetivos? Los economistas dicen que el segundo objetivo es apenas un medio (en verdad, el mejor medio) de alcanzar la primera meta. Y, en consecuencia, es evidente que ambos objetivos no son idénticos; el primero se refiere a la economía como un todo y el segundo, a la economía de las empresas. De eso resultan contradicciones que, desde su inicio, tornan inestable el sistema económico moderno. La idea tan natural de que el au-

mento de la productividad facilita la vida de los hombres no toma en cuenta la racionalidad de las empresas. En verdad, se trata de saber cuál será el uso de una mayor capacidad productiva. Si la producción tiende a cubrir las propias necesidades, la evolución de los métodos y de los medios será utilizada, simplemente, para trabajar menos y disfrutar de más tiempo libre.

Un productor de bienes para el mercado, por lo tanto, puede tener la brillante idea de trabajar lo mismo que venía trabajando y utilizar la productividad adicional para producir una cantidad mayor de mercancías a fin de ganar más dinero en vez de aprovechar el ocio. Un administrador de empresas se ve forzado a llegar a esa idea, pues de nada le sirve que los asalariados conquisten una cuota mayor de tiempo libre. Para él, la productividad adicional representa de cualquier modo un triunfo sobre la competencia, revirtiendo en beneficio de la disminución de los costos y no en favor de la mayor comodidad de los productores.

Es por eso que en la historia económica moderna la jornada de trabajo disminuyó en una proporción mucho menor que el aumento correspondiente de la productividad. Hoy en día los asalariados aún trabajan más y durante más tiempo que los campesinos de la Edad Media.

La disminución de los costos, por lo tanto, no significa que los trabajadores trabajen menos manteniendo la misma producción, sino que menos trabajadores producen más. El aumento de la productividad reparte sus frutos de forma extremadamente desigual: mientras trabajadores «superfluos» son despedidos, crecen los beneficios de los empresarios. Pero si todas las empresas entran en ese proceso, surge la amenaza de que se dé un efecto con el que no contaban los obtusos intere-

ses de la economía empresarial: con el creciente desempleo disminuye el poder de compra de la sociedad. ¿Quién comprará, entonces, la cantidad cada vez mayor de mercancías?

Los gremios de artesanos de la Edad Media presintieron este peligro. Para ellos era un pecado y un crimen competir con los colegas por medio del aumento de la productividad e intentar llevarlos a la ruina a cualquier precio. Los métodos de producción estaban, por eso, rígidamente fijados y nadie podía modificarlos sin el consentimiento de los gremios. Lo que impedía el desarrollo tecnológico era menos la incapacidad técnica que esa organización social estática de los artesanos. Estos no producían para un mercado en el sentido moderno, sino para un mercado regional limitado, libre de competencia. Ese orden productivo duró más tiempo de lo que generalmente se supone. En gran parte de Alemania, la introducción de máquinas estuvo prohibida por la policía hasta mediados del siglo XVIII.

Inglaterra, como es sabido, fue la primera en derribar esa prohibición. Así, el camino quedó libre para las invenciones técnicas como el telar mecánico y la máquina de vapor, los dos motores de la industrialización. Y, súbitamente, irrumpió la temida catástrofe social: en toda Europa, en el paso del siglo XVIII al XIX, se registró el primer desempleo tecnológico en masa.

Todo eso es el pasado, dicen los economistas, ¿no demostró la evolución posterior que los temores eran infundados? De hecho, a pesar de la continua expansión de las nuevas formas productivas del ramo industrial, el desempleo tecnológico cayó aceleradamente. Pero, ¿por qué motivo? Acosados por la competencia recíproca, los industriales fueron obligados a restituir a los consumidores parte de las

ganancias obtenidas con la producción. Las máquinas hicieron los productos esencialmente más baratos para el consumidor.

Aunque para la producción de una determinada cantidad de productos textiles fuera necesaria una fuerza de trabajo menor que antes, la demanda de ropas y tejidos baratos creció tanto que, contrariamente a las expectativas, un número considerable del trabajador fue empleado en las nuevas industrias.

Con eso, no obstante, el problema no fue solucionado de raíz. Todo mercado, a su tiempo, alcanza un límite de saturación que lo torna incapaz de conquistar nuevos consumidores. Solamente en una cierta fase de la evolución el aumento de la productividad conduce a la creación de más empleos para la sociedad a pesar de la menor cantidad de trabajo necesaria para la confección de cada producto.

En esa fase, los métodos desarrollados abaratan el producto y lo preparan para el gran consumo por las masas. Antes de alcanzar ese nivel, el aumento de la productividad sumerge al antiguo modo de producción en una profunda crisis, como muestra el ejemplo de los artesanos textiles en el siglo XIX. En el otro extremo del desarrollo, la crisis es igualmente una amenaza (con base en la propia producción industrial) cuando el nivel de expansión es sobrepasado y los mercados periféricos se encuentran saturados.

---

***Con la industrialización  
se sufrió en Europa  
por primera vez  
el desempleo masivo.***

---

Pero esa misma expansión todavía puede ser transferida a otros sectores. A lo largo del siglo XIX, los antiguos productos artesanales fueron progresivamente industrializados. Cada vez más productos redujeron su precio y permitieron la explosión del mercado. El proceso sufrió tal aceleración que los artesanos «superfluos» eran inmediatamente absorbidos por el trabajo industrial, evitando así que se repitiese la gran crisis social de los antiguos productores textiles.

Las crisis, aunque inevitables, parecían solamente transiciones dolorosas para alcanzar nuevos escalones de prosperidad. Pero, ¿qué ocurre cuando todas las ramas de la producción ya están industrializadas y ya fueron alcanzados todos los límites de expansión del mercado? El desarrollo económico parecía refutar también este recelo. La industria no sólo absorbió las antiguas ramas de la producción artesanal sino que también creó, a partir de sí misma, nuevos sectores productivos, inventó productos jamás imaginados e infundió la sed de compra en los consumidores. El proceso de aumento de la productividad, expansión y saturación de los mercados, creación de nuevas necesidades y nueva expansión parecía no tener límites.

Economistas como Joseph S. Schumpeter y Nikolai Kondratieff formularon, a partir de esas ideas, la teoría de los llamados «grandes ciclos» en el desarrollo de la economía moderna. Según esta teoría, una

---

***Ya es hora de que el aumento  
de productividad sirva  
para trabajar menos  
y vivir mejor.***

---

determinada combinación de industrias siempre alcanza su límite histórico de saturación, envejece y comienza a encoger, luego de una fase de expansión impetuosa. Empresarios innovadores, actuando como «destructores creativos» (Schumpeter), inventan nuevos productos, nuevos métodos y nuevas industrias que liberan al capital de las antiguas inversiones estancadas y les dan nuevo aliento en un cuerpo tecnológico renovado.

El ejemplo lapidario de ese nacimiento de un nuevo ciclo es la industria del automóvil. En 1886, el ingeniero alemán Karl Benz ya había construido el primer coche, pero hasta la Primera Guerra Mundial esa mercancía fue un producto de lujo extremadamente caro. Como salido de las páginas del manual de Schumpeter, surgió entonces el empresario innovador Henry Ford. Su creación no fue el automóvil en sí sino un nuevo método de producción.

En el siglo XIX, la producción creció sobre todo por el hecho de que las ramas artesanales fueron industrializadas por medio de la instalación de máquinas. La organización interna de la propia industria no había sido todavía objeto de grandes cuidados. Sólo después de 1900 el ingeniero norteamericano Frederik Taylor desarrolló un sistema de «administración científica», a fin de desgajar las áreas del trabajo específicas y aumentar la producción.

Ford descubrió por medio de ese sistema reservas insospechadas de productividad en la organización del proceso productivo. Observó, por ejemplo, que un obrero medio de la línea de montaje perdía mucho tiempo buscando un tornillo. Entonces, éstos se transportaron directamente al lugar de trabajo. Parte de ese proceso se volvió «superfluo» y, rápidamente, fue introducida la cinta transportadora.

Los resultados fueron sorprendentes. Hasta la Primera Guerra Mundial, la capacidad productiva de una fábrica de automóviles de tamaño medio permanecía en torno a los 10.000 coches por año. En Detroit, la nueva fábrica de Ford produjo, en el ejercicio financiero de 1914, la fantástica cifra de 248.000 unidades de su célebre *Modelo T*. Los nuevos métodos dispararon una nueva revolución industrial, pero tal revolución «fordista» sucedió demasiado tarde como para evitar la crisis económica mundial (1929-33), desencadenada por los costos de la guerra y por el declive global del comercio.

Después de 1945 sobrevino el «gran ciclo» de la producción industrial de automóviles, aparatos domésticos, etcétera. Apoyado en el antiguo modelo, sólo que ahora en dimensiones mucho mayores, el aumento de la productividad creó un número asombroso de nuevos empleos, ya que la expansión del mercado de coches, neveras, televisores, etcétera, exigía, en términos absolutos, más trabajo del que los métodos «fordistas», en términos relativos, economizaban en cada producto.

En los años setenta, las industrias fordistas alcanzaron su nivel histórico de saturación. Desde entonces vivimos la tercera revolución industrial, la de la microelectrónica. Lleno de esperanzas, alguien recordó inmediatamente a Schumpeter. De hecho, los nuevos productos pasaron por un proceso de abaratamiento semejante al de los automóviles y de las neveras; el ordenador, antes un aparato caro y destinado a grandes empresas, se

transformó rápidamente en un producto de consumo de masas. Surto económico no causó el correspondiente aumento de empleos.

Por primera vez en la historia de la modernidad, una nueva tecnología es capaz de economizar más trabajo, en términos absolutos, que el necesario para la expansión de los mercados de nuevos productos. En la tercera revolución industrial la capacidad de racionalización es mayor que la capacidad de expansión. La eficacia de una fase expansiva, creadora de empleos, dejó de existir. El desempleo tecnológico de la antigua historia de la industrialización hizo su retorno triunfal, sólo que ahora no se limita a una rama de la producción sino que se expande por todas las industrias, por todo el planeta.

El propio interés económico de las empresas conduce al absurdo. Ya es hora, después de doscientos años de era moderna, que el aumento de la productividad sirva para trabajar menos y vivir mejor. El sistema de mercado, sin embargo, no fue hecho para eso. Su acción se limita a transformar el excedente productivo en más producción y, por lo tanto, en más desempleo. Los economistas no quieren entender que la tercera revolución industrial posee una nueva cualidad, y la teoría de Schumpeter ya no tiene validez. En vano, todavía esperan el «gran ciclo» de la microelectrónica; en vano, todavía esperan a Godot.

*Traducción de Oswaldo Pedroso*